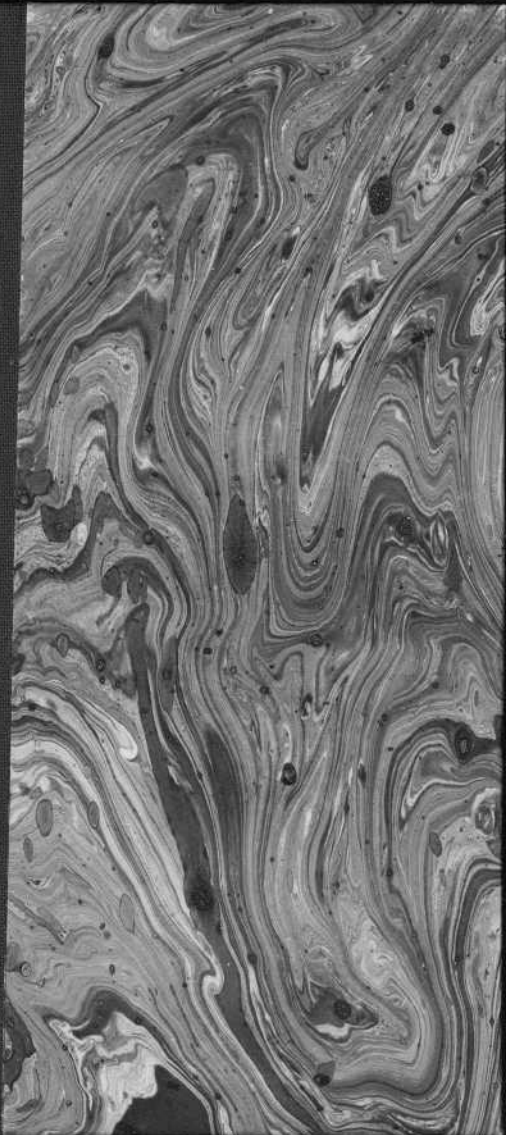


ZXXO



FAN
XIX
100



NO SE PRESTA

**Sólo puede consultarse
dentro de la sala de lectura**

OBRAS DE
RAMON A. URBANO

DE VENTA EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

	<u>Ptas.</u>
Girones , poesías, con un prólogo de D. Juan Valera	2
Fortaleza , novela, ilustrada con fotogra- fías del natural.	3
Humo , poesías, con ilustraciones de Blanco Coris y García Carreras. . .	1.50
Moisés , novela de costumbres modernas, con una portada de Mendez Bringa .	2.50

EN PRENSA:

Cuentos de Andalucía

EN PREPARACIÓN:

LA EMBAJADORA



RAMÓN A. URBANO

Humo

POESÍAS ORIGINALES

ILUSTRACIONES DE

Blanco Coris y García Carreras

SEGUNDA EDICIÓN AUMENTADA



R. 16733

MADRID

LIBRERÍA DE FERNANDO

CARRERA DE S. JERÓNIMO



MÁLAGA

TIP. "LA IBÉRICA"

ANGEL, 6



Dedico esta obra á mi querido y buen amigo el Diputado á Cortes

D. JOAQUIN TENORIO VEGA,

por cuenta de la fabulosa deuda de gratitud que tengo contraida con su amabilidad.

EL AUTOR







[Small signature]

Ramon H. Urbani

D. Garcia Pessó



Proemio

ALGUNAS palabras, aunque pocas, he querido estampar al comienzo de este pequeño libro, para rectificar un concepto que la crítica hubo de atribuirme, con ocasión de haber dado yo á las prensas el volumen de poesías titulado *Girones*. Dijo una autorizada pluma, que mi labor representaba un movimiento de avance hacia el modernismo, y que si *los compromisos clásicos* me impedían por entonces confundirme con armas y bagajes en el invasor

ejército de la nueva forma, era de esperar que, más adelante, figurara sin rubor ni cuidados en las filas de los novadores de la poética.

Manifestó sin duda lo antecedente el mencionado crítico, á virtud de lo que el insigne maestro don Juan Valera afirmara, con relación al expresado volumen de poesías publicado por mí; toda vez que el eminente autor de *Pepita Jimenez* opinaba que, en aquel libreo de mis versos, no dejaba de notarse el influjo, «aunque moderado y juicioso» de los exóticos modernismos á que, en anteriores párrafos, hacía referencia con su autoridad por todos reconocida. Y como en estos tiempos de prosaismo y de naufragio de la poesía, es necesario que los amantes del clasicismo y los partidarios del extranje-rismo novador puedan ser reconocidos fácilmente, he creído yo oportuno *definirme* como enemigo de toda otra forma poética que no trascienda al

principio de nuestra antigua poesía castellana, si bien aceptándola con la faceta que Boscan y Garcilaso le procuraron para embellecerla más.

Los nombres venerables de aquellos cultivadores de la escuela italiana, parece como que sirven de disculpa á los partidarios del «modernismo parnasiano» ó del modernismo á secas: cuando la sana crítica arremete contra los imitadores de Verlain, Rollinat, Baudelaire y Regnier, poniendo en solfa las estupendas combinaciones de sus versos, parapétanse en el argumento, formidable al parecer, de haber sido también novadores y cultivadores de la forma extranjera, Garcilaso de la Vega, fundador de la escuela artística de nuestra poesía, y Juan Boscan, adaptador del endecasílabo á la métrica castellana. Pero es indudable, á poco que se sondee tan peregrina excusa, que no hay identidad en los casos, como no la hay ni en las épocas ni en aque-

llos y estos partidarios de la nueva forma.

Boscan y Garcilaso, cuyos nombres van forzosamente unidos en la página histórica y juntos, también, en la esfera de la admiración de los modernos, no osaron introducir en nuestra lírica ni metros ni estilos estrafalarios, que habrían hecho infecunda y ridícula su labor de innovadores: trajeron á nuestro Parnaso unas formas de todo en todo valiosas y ricas; y, por ello, á despecho de los muchos ingenios que libraron batalla digna de mejor bandera, se entronizó la forma italiana y tomó carta de naturaleza en Castilla, entrando á figurar el endecasílabo en nuestra preceptiva, como entrara del mismo modo á enriquecer las combinaciones métricas aquel |gracioso hilado de diez versos octosílabos, que se llamó *espinela*, en recuerdo de su inventor Vicente de Espinel y Adorno.

Empero, ¿podremos reputar á Bos-

can y á Garcilaso como meros imitadores de la musa italiana? El primero dejó en sus eglógicos poemas una nota personal; de suerte que, solo en lo accidental, ó sea en el metro empleado, siguió la corriente impetuosa que se nos venía de Italia por los cáuces de nuestra lírica. Y en cuanto á Boscan, no se diga que imitó á Petrarca, pues lo que hizo fué, sencillamente, inspirarse en él; de lo que resulta que ni Boscan ni Garcilaso fueron *modernistas*, tal y como hoy son y se llaman los cultivadores de esa poesía, que, ni por el fondo lleno de pretendidos simbolismos, ni por la forma antiartística y desproporcionada, ha de producir revolución alguna, aunque sí ha de causar y causa daño extraordinario al buen gusto.

Los novadores de hoy, escritores sin seso, que, por seguir la corriente, elevan á simbolismos los sustantivos más insignificantes del período que

construyen; los que varían el color de la naturaleza y suelen valerse de los convencionalismos de la heráldica para significar los matices de los objetos que pintan, ¿qué elementos dignos de agregación á los ya conocidos y aceptados, aportan al arte de hacer versos? ¿Es lógico que cuantos poetas, enamorados de la naturaleza, cantan la poesía objetiva, trastornen el matiz de las cosas y describan, cambiando lastimosamente los términos, *lirios blancos y cisnes rojos*? ¿Es natural, es pertinente que la lira subjetiva agote las *letras mayúsculas* erigiendo en palabra de especulativo, triple sentido cualquier vocablo que signifique Ensueño, Alma, Ilusión, Embriaguez ó Desengaño?

Y si estos convencionalismos son irritantes y, por tanto, indignos de ser imitados y tomados en cuenta ¿qué diremos de la exajerada longitud de algunas combinaciones métricas de la lírica decadentista? Yo he leído y co-

piadó un *verso* que dice: «resonaron como silbos estridentes en el Alma del vencido.» Ya habrá observado el lector, que el ritmo brilla por su ausencia; y que para imprimir aquellas nueve palabras en una sola línea, sería preciso un volumen con más latitud que altura; siguiéndose de aquí, que todo, entre los modernistas, ha de ser extraordinario y nunca hasta ahora visto: incluso el tamaño de las ediciones.

Mucho pudiera decir de la «obscuridad elevada á dogma», como la llama Toltoï, que vela los cantos de los *parnasianos*. Éstos parecen gongoristas, por cuanto enmarañan los conceptos hasta dejar á obscuras al más lince, sin que la prodigalidad en las palabras simbólicas de que hemos hablado logre aclarar el asunto, pues, antes bien, lo obscurecen más y lo apartan de toda posibilidad de ser percibido. Esto nos demuestra que los novadores extranjeristas quieren resultar, á través de sus lí-

bros, entes extraordinarios y no poetas; olvidando aquel famoso pensamiento de Pascal que dice así: «siempre que se halla el estilo natural, se admira uno y se embelesa, por que esperaba ver un autor y halla un hombre; por contra, los lectores de gusto delicado que ven un libro y creen que allí hay un hombre, se sorprenden y molestan hallando en él un autor.»

Hasta hoy, (en buena hora se diga), ha hecho más estragos la corriente innovadora en los poetas de la propia Francia y en los de la América latina; y así y todo, en Francia se han salvado muchos del contagio; siendo sensible que J. Normand y Ed. Rostand vayan por ese camino, según he podido entender leyendo algunas poesías de estos vates, escritas en versos pareados de enorme extensión; si bien me ha parecido que en el fondo tienen más de Musset, y de Victor Hugo que de los decadentistas ya enumerados. Aho-

ra bien: como la epidemia ha producido ya algunos casos en España, y, en estos momentos de transición, pudiera invadirlo todo, bueno es prevenirse y emplear medios profilácticos, que es lo que pretendemos nosotros.

La principal razón que parece abonar la empresa de los poetas modernistas, consiste en atribuir á los partidarios del clasicismo y de la tradición poéticos, el estigma de meros imitadores de los antiguos; por ello creen que es necesario «ó rinovarse ó morire» como dice enfáticamente otro esteta, por cierto con más envidia que muchos: Gabriele D'Annunzio; conyergiendo todos los paladines de la anti-pática bandera *parnasiana* en un punto que ya se ha convertido en frase hecha, para mayor desprestigio de aquella causa: y esta frase es la que aconseja la necesidad de «romper los moldes» aunque sean buenos; pues lo esencial para los mantenedores del verso qui-

lométrico, es destruir las formas aceptadas por la preceptiva, y sembrar los cantos de imágenes femeninas siempre veladas y que, cuando se destocan ó transparentan, lo cual sucede con dificultad, parecen, invariablemente, desdibujadas figuras bizantinas ó momias de añejas ideas, vestidas con atavíos exóticos, como medio de que ó su vejez ó su desdibujo no trasciendan.

Ni es solo extravagante la tendencia novadora; es incongruente con la cultura intelectual de nuestros tiempos; por cuanto representa un retroceso lamentable, hoy que todo camina á la perfección relativa que á las obras humanas les es dado realizar. Y es tanto más incongruente, porque el estilo de los verdaderos intelectuales de hoy dista mucho de ser el que emplean los poetas modernistas en sus inacabables versos; y porque la obscuridad en el concepto, el perpétuo símbolo y la

queja lastimera y monotoná, cuando representan un sistema, no son los rasgos á que se inclinan los espíritus observadores del día, que, en la esfera artística, solo pueden desear el conocimiento de las obras que realicen sin extravagancias los ideales de la belleza suprasensible.

La literatura es un reflejo; y como la sociedad en que vejetamos influye directamente en nosofros, modificando nuestros sentimientos y nuestras ideas, elementos integrantes de toda concepción caleotécnica, claro es que no puede prescindirse de esta influencia del medio, como no podemos prescindir de la del aire que respiramos.

Parece, pues, que todo conspira contra la poesía, eterna hija de los dioses; y cuando el prosaismo y el materialismo modernos la califican de pasatiempo inútil; cuando brota del parnaso transpirenáico una suerte de

trovadores modernistas que no parecen sino creados por un genio enemigo de Apolo, obligación es de los amantes del clasicismo, de los apasionados de la verdadera poesía, que eleva las almas á las regiones de la belleza ideal, levantarse en pié de guerra, combatiendo unos con las armas poderosas de su inteligencia y otros con el ejemplo, en contra de ese afán inmoderado de renovación que pretenden realizar, injustificadamente, sobre materias y formas que ni necesitan ni admiten corrección, los versificadores estetas que en España y en la América latina se dejan influir por el exótico modernismo literario de extraños países.

Los que no disponemos de otros medios, hemos de ofrecer á la musa clásica las ofrendas pobrísimas de nuestros cantos, aunque por desventura no nos sea dable, con ellos, mantener vivo el fuego sagrado, y aunque

la pobreza del sacrificio levante, en vez de comfortable llama, debil columna de HUMO que se disipe sin dejar la estela más insignificante en el espacio...







La vendejera

A D. ARMANDO PALACIO VALDÉS

Sintiendo la nostalgia de su reja;
en el amplio almacén, de frutos lleno,
se ensancha de la moza el alto seno
al rudo laborar de la vendeja.

Rastro de gracia y de perfumes deja
si ensaya el garbo de su andar sereno;
y aumenta el brillo del tesoro ajeno,
trabajando en prisión: como la abeja.

Ya envasa el fruto del naranjo opimo;
ya envuelve el odorífero racimo
en níveo lecho de doradas franjas.

Mas no se escapa á su mirada astuta,
que ella es la sola codiciada fruta
entre almendras, racimos y naranjas.





El filtro

A MANUEL REINA

No me dejes morir: calma el infierno
que encender en mi pecho conseguiste,
ó cual fiero Nerón, al fuego asiste
que tiende á devorar mi sér interno.

Si el filtro tienes del olvido eterno,
dalo á mi corazón que ardiendo existe;
mas pónselo en el vaso en que bebiste
los licores de Etruria y de Falerno.

Ya espero con afán, con ánsia loca,
que tu crátera acerques á mi boca
y que el filtro en mi pecho se desborde.

Y más crecen mi anhelo y mi impaciencia,
porque quiero aspirar la rica esencia
que han dejado tus labios en el borde...



Musa ínfima

A PEPE SANTIAGO

Vedla allí, con su cántiga impudente
que de sueños tranquilos nos despierta;
desgarrada la túnica, y cubierta
de laurel y de pámpanos la frente.

Semidiosa de un arte decadente,
ducha en el tirso, y en la lira incierta,
solo constriñe su facundia muerta
para medir la estrofa lubricante.

No es el numen de Plauto y de Terencio
que impone con sus cánticos silencio
al duelo en que el espíritu naufraga;

es la musa falaz de nuestros días,
que ofende cuando entona sus poesías
y que á pueblos incultos embriaga.





La palabra de honor

AL EXCMO. SR. D. JUAN VALERA

I

AÚN los rayos postrimeros
de Apolo se reflejaban
en apagado celaje
y en cordillera lejana,
cresta azul que sobre el fondo
de los cielos se destaca;
aún la canora avecilla
jugando de rama en rama,

con el arroyo argentado
al unísono cantaba,
cuando un árabe guerrero
armado de todas armas,
en negra cabalgadura
campo-atraviesa marchaba,
deslumbrando á los donceles
con el brillo de su adarga.
Repara quien le conoce,
y dice quien le repara,
que es del alcaide de Arunda
un hijo de noble fama.
Lleva el albornoz de seda
sobre la gentil espalda;
color de nieve la chía
que le circunda la barba,
y límpido y fulgurante
el yelmo de bronce y plata,
rica prenda de ataujía
en Damasco fabricada.
Su cuerpo bizarro, vela
la fuerte cota de mallas;
y las espuelas brillantes
que en el borceguí se esmaltan,

acarician la epidermis
del bruto cuando piafa.
En los grandes, negros ojos
de aquel mancebo, contrastan
la languidez del poeta
y el tesón de quien batalla;
y ya recuerde al cristiano
ó ya recuerde á su dama,
parecen sus ojos negros
espejos vivos del alma.
¿A dónde el musulm osado
camina con priesa tanta...?
Ni corre buscando justas
ni corre en pos de su alcazar;
busca á la bella islamita,
busca á la gentil Zoraya,
á la que en cárcel de amores
supo esclavizar el alma
del árabe enamorado
que por los valles cabalga:
le dijo que en aquel hora
en su ajiméz le aguardaba
para huir con su adorado
do le pluguiese llevarla;

y si el caballo galopa
con rapidez desusada,
es que el jinete, con fuerza,
sus acicates le clava.

II

YA las tintas vagorosas
de la tarde, se trocaban
por los velos que la noche
forma con sus negras gasas:
y en misterioso concierto
la voz leda se escuchaba
del arroyo cristalino
y de las juncias y cañas,
que en sus márgenes crecían
entre caricias del áura.
De repente, un bulto informe,
un escollo, una avalancha,

algo que la senda obtura,
algo que impide la marcha,
bulle en medio del camino
y ante el alárabe salta.

«En nombre de Dios, decidme
vuestra religión y raza;»
habla una voz vigorosa
que más ordena que habla.

Y entonces el agareno,
que la lengua castellana
no desconoce, así dice
lleno de valor y rabia:

«Aparte quien sale al paso,
ó le apartará mi lanza:
Alah y su profeta, solo
reciben culto en mi alma.»

A punto de esta blasfemia
oyóse decir: «¡en guardia!»
avanzaron los corceles
y empezaron las lanzadas,
cuyos embates morían
en las bruñidas adargas
sonando, así, como á dobles
de funerales campanas.

.....

Quién daba golpes á fondo;
quién salía de pasada
para atacar por el flanco
la unión del peto y la espalda;
pero aquellos contendores
sus vidas regateaban,
y era la palma del triunfo,
como inaccesible palma.
En la obscuridad aquella,
cuando el acero chocaba
con el acero, surgían
chispas de luz irisada;
mas al aumentar los botes
y los rebotes de lanza,
oyóse rugir de ira,
y un cuerpo cayó de espaldas.

III

AQUEL bizarro agareno
que en su palafrén volaba
en pos de gracias y amores
que hicieran su vida grata;
aquel fué quien desdeñado
por la suerte y por las armas,
cayó del corcel al suelo
y hundió en el polvo su cara;
mas no murió el infelice:
abatióle la pujanza
del altivo caballero
que con el moro luchara.

Intentó, pues, el vencido
erguirse y la cimitarra
blandir en su fuerte diestra
y proseguir la batalla;
mas el guerrero cristiano
posó en el moro su planta,
y «eres vencido,—le dijo;—
que esta es la ley de las armas.»
Después alargó la diestra,
y exclamó al punto: «levanta;
que si eres buen caballero,
me bastará tu palabra
de que me sigues de grado
como cautivo á mi plaza.»
En esto, brotó la luna
por entre nubes opacas
tendiendo sobre la tierra
su protectora mirada;
y á su luz, el caballero
cristiano vió que rodaba
por las mejillas obscuras
del agareno..... ¡una lágrima!

IV

EN dirección á su feudo,
que es la villa de Antikaria,
los contendientes eaminan
por florestas perfumadas
que embalsaman la victoria
y hasta el dolor embalsaman.
Ya despejados los cielos
muestran su extensión opaca,
como toldo azul obscuro,
que estrellas de acero cuajan
en derredor de una hermosa
circunferencia de plata.

Ya los senderos se alumbran
con la luz que el cielo manda,
pues las nubes que imperaron
lejos del cenit se apartan;
y allá van los caballeros
que en sus corceles cabalgan,
y calla el bizarro alcaide
y el noble islamita calla.

«Decidme:—por fin pregunta
el cristiano á su compañía.—
¿Por qué mostrais tales cuitas
al ser vencido en la algara?
Bien se vé que soy mancebo,
mas no es lampiña la barba
ni el brazo es poco pujante;
ahora, contestad: ¿qué os pasa?»

.
«Escuchad: cuando en la liza
enhiesta brilla la lanza;
cuando el contrario acomete;
cuando arrecia la batalla
y cuando el acero rompe
almete ó cota acerada,
se engrandece el alma mía:

¡podeis juzgar de mi alma!
Pero..... esta noche..... ¡maldita!
no hay dudas..... *escrito estaba.*
Ella esperará mis brazos,
mis brazos de *ella* se apartan;
Alah lo quiere, Alah es grande;
¡se cumple la ley sagrada!
Me esperaba, para unirse
connigo ¡pobre Zoraya!

.....
El hombre que siente alzarse
de su nobleza la llama,
de un corazón no malogra
la bendecida esperanza.
Paró el corcel don Rodrigo,
suspendió el moro la marcha,
y el bondadoso cristiano
«id—dijo—por vuestra dama,
y sed con ella dichoso
y eternamente adoralla.
Pero á vuestro honor apelo,
y por él dadme palabra
de que cuando hayais tomado
á esa beldad por sultana,

vendreis cautivo á Antequera,
caereis esclavo á mis plantas.»
«Alah te inspira, cristiano;
que él premie tu noble hazaña.
Yo volveré á tu castillo;
te dejo mi honor en arras;
tu corazón es muy grande,
pero es mejor mi palabra.»
El árabe volvió grupas
y partió con priesa tanta,
que impulsado parecía
por el huracán que arrasa
cuanto se opone á su paso,
cuanto su fuerza contrasta.



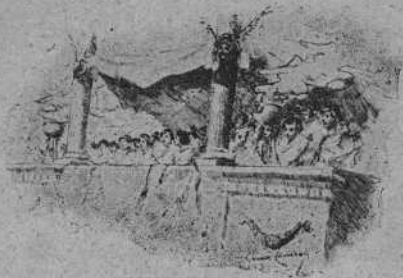
VI

EN aquella edad y siglo
en que el hombre no manchaba
sus labios con la mentira
ni con el baldón su espada,
la palabra de honor, era
como divina palabra,
cual hostia de caballeros
que los hombres comulgaban.
¡Cuando cambian las edades,
también los códigos cambian!
Del alcaide de Antequera
al rico feudal alcázar,

dentro de tercero día
el alárabe llegaba:
con la gentil agarena
penetró el moro en la estancia
donde el bravo don Rodrigo
con sus leales folgaba;
y recibiendo gozoso
al mancebo y á Zoraya,
así les dijo el alcaide
con voz dulce y reposada:
¡Hijo noble del profeta:
quién de ese yelmo arrancara
la media-luna, y pusiese
la cruz que adora mi alma!
Mas si religión distinta
nuestras conciencias separa,
en cambio nos hace hermanos
la religión de las armas
en la que son nobles símbolos
el honor y su palabra.
Vos, que venir prometisteis,
venís hoy con una dama,
y ¿al haceros mi cautivo,
no cautivaré á Zoraya?

Ella no habrá de dejaros;
y pues fuera encarcelarla
el teneros en rehenes,
libres marchad de Antikaria;
y permitidme, señora,
que bese yo vuestras plantas;
y á vos, dejad que os abrace
en sello de esta alianza;
porque el honor une tanto
como el deshonor separa.





Antígona

AL EXCMO. SR. D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE

I

SOBRE un prado de mirtos y de laureles
que en clásicos delirios pintado veo;
entre estatuas de Phidias y Praxiteles,
los ámbitos se alzaban del coliseo.

Ya no llena sus arcos la muchedumbre;
de él huyeron sus dioses, ora errabundos,
y se hundió aquella mole, por cuya cumbre
el sol de la tragedia nació á los mundos.

Todo es calma en su espacio; silencio triste
que el gemido del aire tan solo turba;
ya no existe el coloso; ya solo existe
del gigante hemicíclo la línea curva.

Cayeron los pilares que sostenían,
en bellos capiteles de estilo dórico,
las concéntricas gradas que componían
los típicos asientos del auditorio.

Cuando envuelven los amplios velos noctur-
[nos
los vestigios de gradas y de proscenio,
el choque se adivina de los coturnos
sobre el plano invisible del *hipostscenio*;

parecen escucharse de los poetas
las brillantes canciones que á Baco entonan;
y guerreros y jueces y agonotetas
dijérase que llegan y se escalonan.

A través de estos sueños en que me agito,
descubro de Afrodita la gentileza
sobre un ara de mármol, que tiene inscrito
este noble concepto: *kalos*, belleza.

Es la nivea escultura de Venus diosa,
de aquella que entre ondinas y conchas pudo
humanizar su esencia semi-gloriosa
que reflejan las galas de su desnudo.

Allí está: quien la mire lividinoso,
descubrirá su instinto vil é insensato;
que ella tiene en su cuerpo blanco y donoso
unida la impureza con el recato.

Brilla en medio del área del coliseo
sujeta en una piedra de albas labores,
y es la imagen inversa de Prometeo;
pues si está en una roca, la apresan flores.

De balsámicas drogas occidentales,
un hálito de rosas el fuego emana;
y el humo, que retuerce sus espirales,
besa el torso de aquella deidad pagana.

Lleno está el hemiciclo; sus vomitorios
paso dan á guerreros y juzgadores;
por que Atenas formaba sus auditorios
de homogéneas miriadas de espectadores,

y tragedias y mimos representaba
solo de sus varones para recreo;
pues la escénica fiesta regateaba
á la mujer, proscrita del coliseo.



Los atenienses bullen; son ola, á veces,
que se ensancha y se rompe con loco es-
[truendo:
y es que con esperadas exquisiteces
está el Arte sus ansias engrandeciendo.

¿Qué escénico prodigio la turba aguarda
cuando así cubre ansiosa la gradería?
¿Por qué grita impaciente, cuando retarda
su aparición el genio de la poesía?...

El instinto, que hermana con su deseo,
de Sófocles barrunta la ignota lumbre;
y al dejar en las puertas del coliseo
sus óbolos, gozosa, la muchedumbre,

dió comienzo en su entraña la sed ardiente, que apagar solo pueden los manantiales nacidos del ingenio, como torrente inundador de gracias inmateriales.

Peró el clamor se apaga; que la evidencia del próximo principio, rompe las brumas y calma los desbordes de la impaciencia; mar, primero irritado; ya sin espumas.

·II

CON un *xitón* sin greca, de tono gualdo,
el heraldo á las gentes se ha dirijido;
y en su máscara oculto, canta el heraldo
de Sófocles el nombre desconocido;

desconocido entonces; hasta aquel día
en que añadió sus luces ultra-terrenas
á otros dos luminares de la poesía:
Eurípides y Esquilo, soles de Atenas;

hasta aquel venturoso divino instante
en que el trágico insigne su fama iriza,
y halla en cada tragedia nuevo cambiante
que en la esfera del genio le inmortaliza.



III

YA el coro, precedido de su *corego*,
toma asiento en la *orchestra* que le recla-
[ma;
y Antígona llorosa se acerca luego
y el concurso enmudece; que empieza el dra-
[ma.

Hijas nobles de Edipo, la dulce Ismena
y Antígona, más dulce que flor de mieles,
llorando están sus cuitas sobre la escena
alfombrada de rosas y de laureles.



«En lucha fratricida, nuestros hermanos
fenecieron» —A Ismena su hermana dice.
«¡Llorad, manes de Edipo; llorad, thebanos,
la suerte de Eteocles y Polynice!

Pero no: de Eteocles —dice la hermosa—
lloran el fin augures, pueblo y legiones,
y ofrecen los thebanos cabe su fosa
á Plutón sacrificios y libaciones.

Por contra, á Polynice —¡duro castigo!—
insepulto le arrojan, védanle tierra,
porque vino hacia Thebas cual enemigo
y asedió sus murallas en són de guerra.

Por leal, á Eteocles sienten y aclaman
y del orco le ofrecen dulces augurios;
mientras, á Polynice perjuro llaman:
mas.... ¿qué sabe el cariño de estos perjuros?

Yo los yertos despojos del infelice
inhumaré á despecho del vil Creonte,
y escapará á la Stygia mi Polynice
soterrado en la falda del amplio monte.

No ignoro que me aguarda funesta suerte
si del príncipe huello la ley tirana;
pero aunque mi inocencia logre la muerte,
sepulcro á Polynice dará su hermana.

Mas ¿qué digo?... De Ismena que vierte llanto
el auxilio aquel cuerpo sin tumba pide;
rebelémosnos ambas, aunque entre tanto
el príncipe nos prenda, juzgue y lapide.

¡A luchar! que no es propio de altivos seres
á leyes ominosas vivir sujetos;
¡rebélense los pueblos, si lo poderes
no son parcos ni justos en sus decretos!

Así Antígona dice; su última idea
en contra de las leyes del rey thebano,
halaga el sentimiento de la asamblea,
que aplaude las diatribas contra el tirano.

Con vítores, al *hister* el pueblo anima
y él de nuevo hace gala de su lirismo;
y más y más parece que se sublima
cuanto más abomina del despotismo....

La máscara, que es velo de su semblante,
alza el *hister* y avanza sin la careta:
y Antígona se trueca por un instante
en el habil mancebo que la interpreta:

y la ovación, que vence la lucha sorda
entre autor y auditorio, revela el pasmo
del concurso homogéneo, que se desborda
en el mar levantisco del entusiasmo.

IV

HAY una voz amiga del pobre vate,
que á responderle á solas siempre le
[obliga;
hoy que en su canto vive, que con él late,
¿qué era el coro?—le dice la voz amiga.—

Y la nueva pregunta con que le asedia
satisface su acento, siempre insonoro,
diciendo, que la tesis de la tragedia;
que un personaje en muchos: eso fué el coro.

Bién sabe, que unas veces las tiranías
inspiraban al coro culto y respeto;
que cantaba otras veces las energías
de quien rompe al tirano su vil decreto;

que en ANTÍGONA, joya del clasicismo,
ensalza á la adorable protagonista,
y que en nuevas estancias, del modo mismo
sométese á Creonte, su antagonista.

Mas ¿qué es ello? Si á veces le inspira mofa
lo que aplausos le inspira por vario modo;
si canta al despotismo con dulce estrofa
y apoya á los rebeldes en el epodo,

por síntesis bendita del pensamiento
que el trágico poema viene informando;
al final de este drama; cual sedimento
que en el fondo de un cáliz se va formando,

el autor deja ejemplos en su sentencia,
y pone en voz del coro la estrofa santa
en que canta las glorias de la prudencia,
y de empíricos dioses la gloria canta.

¡Oh, Sófocles inmenso, trágico humano;
la corona de yedra, para tí es solo:
tú, que fuiste en Atenas el ciudadano
strategos con Marte, rey con Apolo,

redivive en la escena que iluminaste,
ven en pos de tus lauros, que son eternos,
y aumenta las bellezas que nos legaste
para desdén y olvido de los modernos.

Ven: insepulto el cuerpo de la tragedia
está desde que huyeron tiempos mejores;
sé sū Antígona amable; su mal remedia
volviéndola al proscenio de tus amores;

al templo, que hoy no alberga clásicas diosas
ni Antígonas ni Electras que versos digan;
¡pero donde hay bacantes libidinosas,
que en danzas y canciones voluptuosas
el buen gusto pervierten y al bien fustigan!







Vendimia (*)

A MANUEL ALTOLAGUIRRE

CUÁN bella es la Campania!... Desde lejos su hermosa luz meridional, un día hirió con sus magníficos reflejos del trovador la pobre fantasía.

Y la admiro á través de las edades; cuando envidiada por sus gracias era, cuando no estaban muertas las ciudades que flamígera lluvia destruyera.

(*) Esta composición, que forma parte del libro titulado «Girones», se incluye en el presente volumen á instancias de algunos amigos del autor.

¡Oh, fértil y dulcísima Campania,
feráz asilo de perfumes lleno,
flor nacida al abrigo de Lucania
y sirena gentil del mar Tirreno!

Aún parece que viven en tu espacio
los gérmenes fecundos de otros días,
cuando arabas de Cécubo y del Lacio
las tierras, que de pámpanos cubrías;

aún tu clima templado busca ansioso
el rico potentado en el invierno,
y hallar puede tu néctar aromoso
que recuerda á las viñas de Falerno.

Aún del Petrinum la montaña existe;
verde su cumbre está, verde su falda,
cual doncella latina que se viste
con un mágico peplo de esmeralda.

De tu clásico ayer, vuelve el encanto
á vivir en mi mente que delira;
y yo, vate misérrimo, te canto
al leve són de mi tricorde lira.

¡Oh, Campania feliz, región tan bella
que llegaste á fingir un paraíso!
quiso el destino deshacer tu huella
y soterrar tus poblaciones quiso;

en sus aras, romper dioses sagrados
de tu gentil iglesia militante;
colmar de ardiente lava tus collados,
y calcinar tu vid exuberante;

pero ocultar tu fama, la notoria
clásica excelsitud de tus prestigios,
no ha de poder, pues viven en la historia
y en la azada que exhuma tus vestigios.

Burlé en tu golfo coralina sirte,
y á tí llegué, cuando la vid Opimia
empezaba en edén á convertirme
barruntando tu estética vendimia.

Ya piso una heredad cercana al Lacio
donde sueño bucólicas escenas:
ser puede aquella viña, á la que Horacio
llevar quiso á su pródigo Mecenas.

Todo lo baña el sol, todo lo dora:
y forja en las alturas de la parra,
donde el llanto sutil dejó la aurora,
su trémolo enervante la cigarra.

Oleadas de sol resplandeciente
iluminan el monte y la planicie,
y los cálidos besos del ambiente
invitan al descanso y la molicie.

Se agitan los sencillos labradores
que hallando en la heredad labor y asilo,
ora riegan la vid con sus sudores,
ya el tallo cortan con el breve *stilo*.

Y la nubil gentil vendimiadora
que se encorva y desliza entre sarmientos,
oye las frases del doncel que adora
y á quien rinde sus castos pensamientos.

Siervos de Cales, pompeyanas niñas
mezclan allí el amor con las labores;
que no solo anda Baco entre las viñas,
que también anda el dios de los amores.



Délia, la púber de dorado pelo
á quien halla en insomnio la mañana
y buscando un soláz á su desvelo
es de aquella campiña la Diana,

muere de amor por Ariparne; mozo
que no arrastra del siervo las cadenas,
porque en horas de báquico alborozo
libre su dueño le aclamó en Atenas.

También ama Ariparne el tesaliano
á su Délia gentil; doncella hermosa
que esmalta al fuego del amor temprano
sus limpios tonos de jazmín y rosa.

Sigue á Ariparne, y á las lomas trepa
junto al sagáz vendimiador heleno;
y al inclinarse á desgajar la cepa,
muestra un globo de nieve en cada seno.

Y el amante feliz, su amor le jura;
y ella, aquietando de su voz el brío,
más que decir, junto al doncel murmura:
«seré tuya esta noche, dueño mío».

Hay en el llano un sátiro de piedra,
que mira á los labriegos sonriente;
sube á su pedestal fecunda yedra,
y coronan los pámpanos su frente.

Parece que al lucir las verdes galas,
extrema su sonrisa de insensato;
y finje hacer cromáticas escalas
en los pequeños tubos de un silbato.

Dijérase que envidia el embeleso
de los tiernos amantes que divisa,
pues cuando cambian al descuido un beso,
irónica parece su sonrisa.

Más allá, bajo un toldo de hojas secas,
semejando un danza de beodos
que entonan cantos y que forjan muecas,
todos alegres y bullendo todos,

cien pisadores hay: del fruto abierto
brota el dulce licor falernitano;
y un esclavillo de sudor cubierto,
un túrgido mancebo de Herculano,

pisa el racimo á la calena usanza
por que llene el señor odres y cubas;
y parece más bien jónica danza
que acompasada pisa de las uvas

su continuo bailar sobre la artesa,
llena de mosto en la heredad latina,
por que el ágil mancebo nunca cesa
de mover la sandalia carbatina.

El dios Término, mármol que separa
las lindes de contiguas heredades;
el que tiene en los campos templo y ara
y no teme ni á sol ni á tempestades,

es también personaje del poema
que se nutre de eglógicos acentos,
y refresca sus sienes, la diadema
de mirto, de laurel y de sarmientos.

Ante su busto huelgân en el llano,
cuando llega la noche silenciosa,
Aripharne, el mancebo tesaliano,
y Delia, la doncella cariñosa.

Todo está en calma; de entusiasmo ciegos
se confunden aquellos corazones,
en tanto que dormitan los labriegos
después de repetidas libaciones.

Y son volcanes de encendida lava
los ojos del liberto y la esclavilla;
y cual hierve en el fondo de la cava
el licor, en las ánforas de arcilla,

bulle la sangre joven en las venas
como invitando á eróticos excesos;
y huyen las auras de los campos, llenas
de frases de suspiros y de besos.

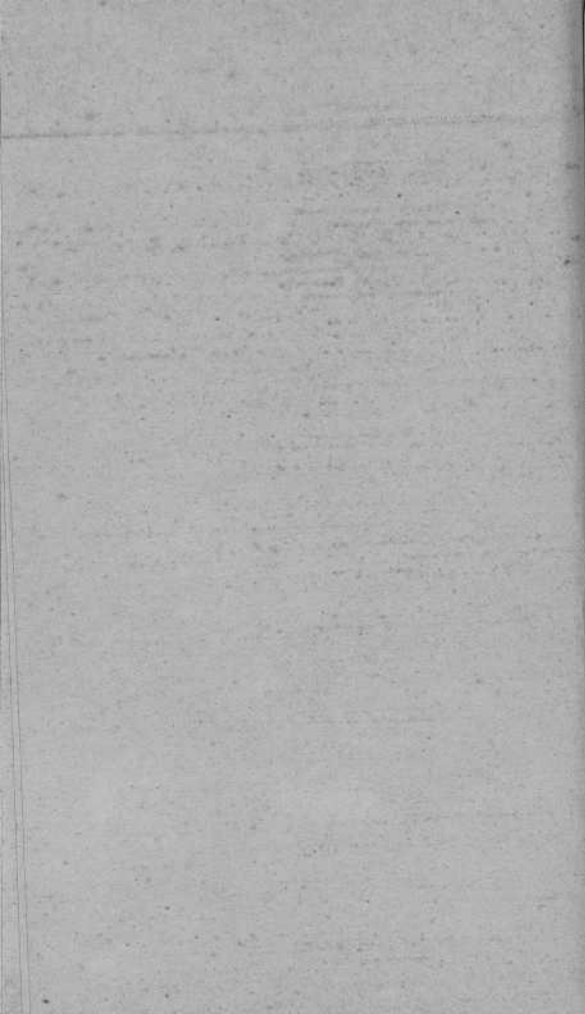
Y la deidad caprípeda, que arranca
imaginarios tonos al silbato;
el sátiro tallado en piedra blanca
que muestra su desnudo sin recato,

aún ofrece su estúpida sonrisa;
y envidioso de aquellos amoríos,
solicita el halago de la brisa
que besa sin cesar sus labios fríos.

Y la luna gentil, que desde el cielo
alcanza á ver la lúbrica quimera,
con sus tocas de nubes forma un velo,
y tapando su faz cruza la esfera;

y al decrecer su luz resplandeciente,
besa Delia la boca de Ariparne;
¡y murmuran los labios, juntamente,
el grandioso poema de la carne....!







Judas

A PEPE ROURE

VENCIÓ la ingratitud: la iníscua fiera
de Tí, manso cordero, fué el azote;
y besando tu púrpura, vendióte
aquel mónstruo de roja cabellera.
Quisiera tu Bondad, tu Amor quisiera
ver la planta de Judas sin un brote,
y que el germen del pérfido Iscariote
para siempre infecundo se perdiera.

Mas no es así: tus duelos sacrosantos
los causan nuevos Judas, que te ofenden
y que olyidan tu cruz y tus quebrantos.
¡Cuántos viles traidores te sorprenden...!
Y cercándote hipócritas, ¡ay, cuántos
con un beso sacrílego te venden....!





A Hamet - Zegri

UNA torre que asombra por su firmeza
sintetiza y compendia tu escudo noble;
porque tu fé y tu brazo fueron de roble,
si el roble simboliza la fortaleza.
Pregonen las edades tu gentileza,
pese al odio de raza, que es odio innoble;
y aunque el címbalo calle su augusto doble,
admírese el cristiano de tu grandeza

Ciñe el bardo á tus sienes pobre corona,
y el eco de su lira no te abandona
cual supo abandonarte la vil fortuna;
pues le muestra en su historia la edad pasada,
que pocos defendieron la cruz sagrada
como tú defendiste la media-luna.





Vida Nueva

A FELIX MENDEZ

RINDAN otros insano vasallaje
al procer que en el auje resplandece,
y extremen la lisonja que envilece
y consientan la befa y el ultraje.
Bridón sin ligaduras ni rendaje
que en los vírgenes bosques aparece
quiere ser mi opinión, que se envanece
de su impulso libérrimo y salvaje.

Con mezcla de Cyrano y de Quixote
anhelo conseguir, que nunca brote
la servil alabanza de mis labios;
y he de cambiar desprecios por desprecios,
y he de odiar el elogio de los necios,
y he de amar la censura de los sabios.





Colón y Marchena

A GREGORIO REVUELTO

EN la celda, que es ejemplo
de quietud y de modestia;
donde se vé tosco estante
erigido en biblioteca,
en cuyos tableros gravan
los tomos que amarillean;
ocupando dos artísticos
sitiales de la edad media,
vese á Colón conversando
con fray Pérez de Marchena.

Pendiente del techo obscuro
brilla ferrada lucerna,
en cuya luz titilante
se vé rojiza pavesa.

También la esfera terrestre,
junto á la armilar esfera,
obras de atrasada industria
y de dudoso sistema,
ocupan lugar y puesto
en la misteriosa celda.

Todo es penumbra en la estancia,
en la humilde estancia aquella
donde tan solo se vive
la vida de las ideas,
en el histórico instante
en que descubre y presenta
horizontes explorados
por la virtud de la ciencia,
el gran náuta, cuyos restos
guarda la hispalense tierra.
Sobre el tablero de roble
extiende cartas diversas
Cristobal Colón, el sábio
á quien ampara el asceta.

«Ved, ved aquí el continente» ;
dice Colón, y su diestra
indica sobre la carta
el punto de ignotas tierras.
Oye aquel firme concepto
el gozoso anacoreta,
y alzando al cielo los ojos
bendice la omnipotencia
del Señor, que ha revelado
los tesoros de su ciencia
al náuta que en Él confía
y que por Él vive y piensa.
Y adquiere más proporciones
la convicción del asceta;
y vé á Colón, con el mismo
respecto que ver soliera,
entre inciensos y oraciones,
á los símbolos y emblemas
de la religión cristiana
que tienen culto en su iglesia;
por que en la frente del sabio,
el mismo Dios se refleja.
Y al fin surge el nuevo mundo
ante la mirada escéptica

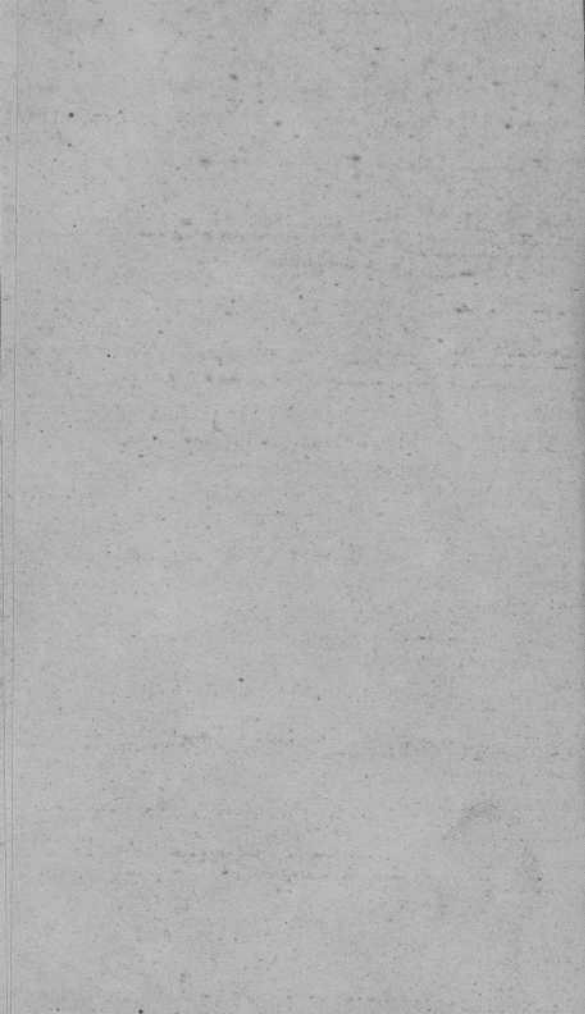
de nuestro pueblo, que duda
del éxito de la empresa.
Y luchan, después, los siglos
en mares de decadencia;
y los modernos hispanos
sin fé, sin naves, sin fuerzas,
dejan perder el emporio
que debieron á la ciencia,
al entusiástico impulso
de aquel gran Pérez Marchena,
y al desinterés gigante
de una católica reina.
Y se arrinconan llorando;
y al desaliento se entregan;
¡y su bandera, se vuelve
toda roja... de vergüenza!



La buenaventura

A DON TORCUATO LUCA DE TENA.

CAMINANDO al azar una mañana
del espléndido Abril galano y fresco,
en las calles de un barrio pintoresco
me detuvo una clásica gitana.
Abrí mi mano ante su ciencia vana
(más que ciencia conjuro picaresco),
y aprendí que el relato gitanesco
reputaba feliz mi edad temprana.
«¡Me atribuyes delicias y venturas
—le dije— cuando en olas de amarguras
náufrago ya mi corazón se siente!
Mas ¡cómo has de sondar mi triste arcano;
si estudias las arrugas de mi mano
y no miras los surcos de mi frente!..»

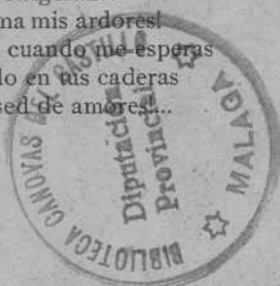


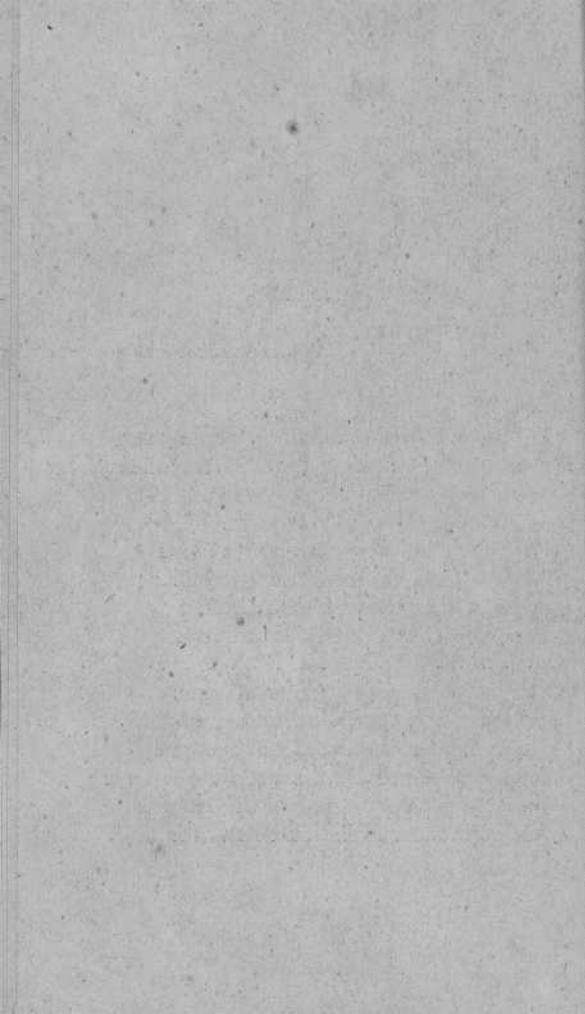
La jarra

A PACO VERDUGO LANDI.

CUBRE el patio andaluz la verde parra
que entre brisas y aromas fructifica;
y de esta parra exuberante y rica
pende llena de líquido la jarra.
Ella es caudal, cuyas bondades narra
el labio que á sus márgenes se aplica;
y en ella el odre musulman abdica,
como abdica la guzla en la guitarra.

.....
¡Cual la jarra eres tú, mujer amante:
ella guarda un raudal refrigerante
y tú un néctar que calma mis ardores!
¡Cual la jarra eres tú...! cuando me esperas
con las manos gravando en tus caderas
y propicia á curar mi sed de amores...

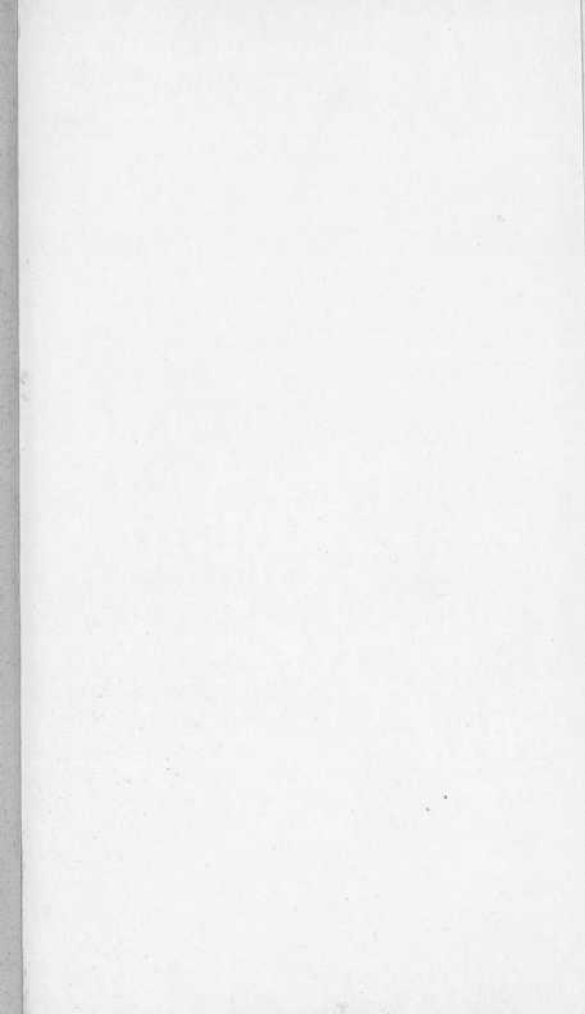




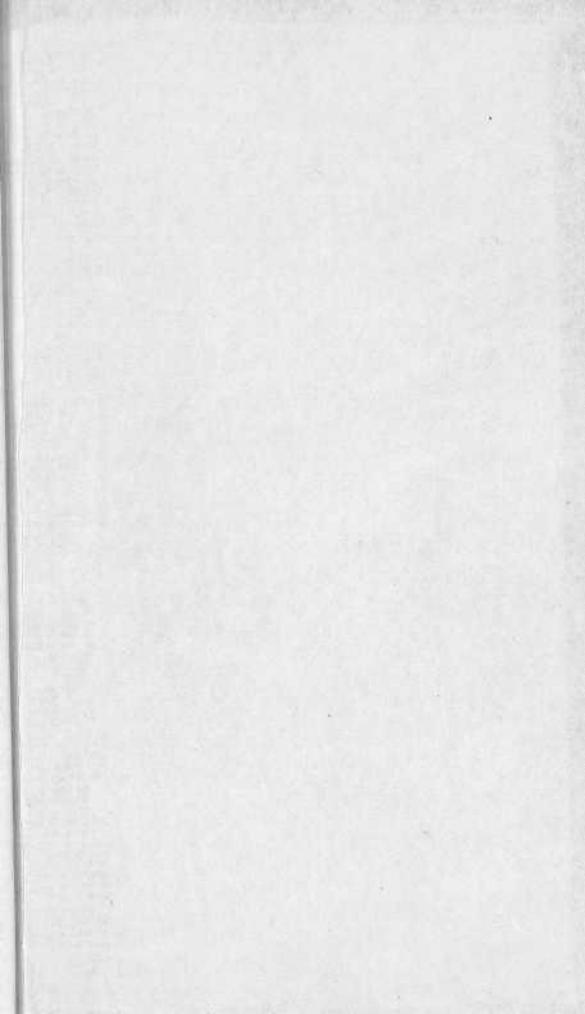


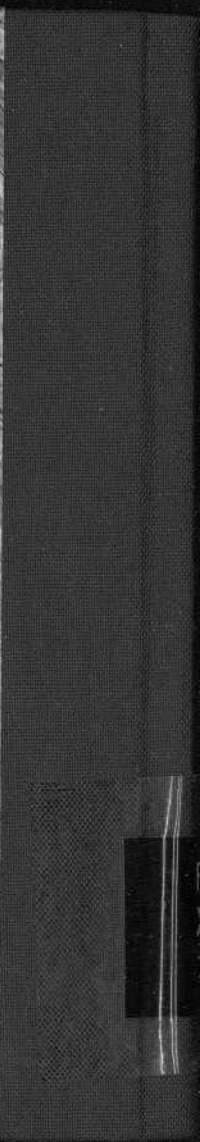
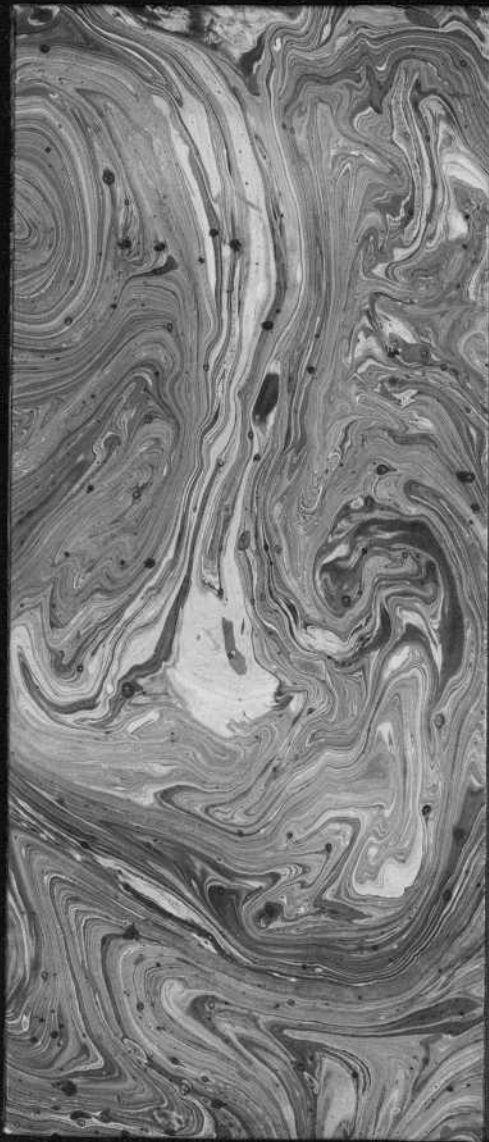
	<u>Páginas</u>
Proemio	9
La Vendejera	23
El Filtro	25
Musa ínfima.	27
La palabra de honor	29
Antígona	45
Vendimia.	59
Judas	69
A Hamet-Zegrí.	71
Vida Nueva.	73
Colón y Marchena	75
La Buenaventura.	79
La Jarra	81











FA
XIX
100